

Sentido litúrgico-espiritual del Tiempo Ordinario

JOSÉ DAMIÁN GAITÁN

Gaudium et Spes (Salamanca)

I. UN TIEMPO NUEVO Y ANTIGUO

1. El *Tiempo Ordinario* o *Tiempo «per annum»*¹ es, sin duda, una de las mayores novedades dentro de la revisada estructura del Año litúrgico. Y esto no porque no existieran antes las semanas que hoy abarca dicho tiempo, sino porque han sufrido una profunda transformación en cuanto nomenclatura y estructura interna. Con mucho, ha sido la parte del año litúrgico que ha sufrido reformas más profundas. Se ha hecho desaparecer, por una parte, la serie de domingos llamados «de después de Epifanía», con Septuagésima, Sexagésima y Quincuagésima. Y, por otra, la serie de domingos llamados «de después de Pentecostés», que iban desde la celebración de dicha fiesta hasta el final del año litúrgico. A todos estos domingos, con sus respectivas semanas, se les ha procurado dar una unidad, continuidad y cohesión interna, creando así el llamado «Tiempo Ordinario». Las «Normas universales sobre el Año litúrgico y sobre el Calendario», promulgadas en el año 1969, nos explican

¹ El tiempo litúrgico, del que vamos a hablar en estas páginas, se denomina «Tempus per annum» en las ediciones oficiales latinas de la renovada liturgia romana. En las traducciones y ediciones oficiales de dicha liturgia en castellano, el término «per annum» se ha traducido y cambiado por «ordinario». Esta equivalencia práctica no se corresponde con una perfecta equivalencia etimológica y de significado original entre ambos términos.

este tiempo con las siguientes palabras: «Además de los tiempos que tienen un carácter propio, quedan 33 ó 34 semanas en el curso del año, en las cuales no se celebra algún aspecto peculiar del misterio de Cristo, sino más bien se recuerda el mismo misterio de Cristo en su plenitud, principalmente los dominicos. Este período de tiempo recibe el nombre de tiempo ordinario»².

En esta descripción se supone implícitamente una división del año litúrgico en tiempos fuertes (Adviento, Navidad, Cuaresma y Pascua) y tiempo ordinario; tiempos en que se subraya de modo especial aspectos particulares del misterio de Cristo y tiempos en los que se recuerda, sin más, el misterio de Cristo en su globalidad y plenitud. También se nos recuerda que la estructura básica de este tiempo litúrgico, el Tiempo Ordinario, es, al igual que en otros tiempos del año, la dominical³.

Treinta y tres o treinta y cuatro semanas son muchas semanas. Más de la mitad del año, considerado en su globalidad. Se ha hecho, sin embargo, una tarea inmensa para dar unos contenidos propios a todo este tiempo, siguiendo diversos ritmos y rotaciones. Material que en nada desmerece, a la hora de compararlo con el de otros tiempos llamados «fuertes».

2. La creación de este nuevo tiempo litúrgico, con las características que hoy día se presenta, tiene sus raíces, a mi parecer, en tres peticiones del Concilio:

a) La revisión del Año litúrgico, acomodándolo a las circunstancias de nuestro tiempo y poniendo de relieve la centralidad del misterio pascual⁴.

b) La imperiosa necesidad de revalorizar el domingo y los ciclos *de tempore* por encima del calendario santoral o fiestas de los santos, de las que se manda hacer una selección para que no prevalezcan sobre los misterios de la salvación⁵.

² *Normas Universales sobre el Año Litúrgico y sobre el Calendario*, núm. 43. La traducción oficial en castellano de este documento puede verse en el *Misal Romano* (edición castellana), Madrid, 1978, pp. 101-112. Será la que aquí seguiremos.

³ Cfr. *Normas...*, núms. 17-44.

⁴ Cfr. VATICANO II, *Constitución «Sacrosanctum Concilium»*, núm. 107. Usaremos las siglas «SC» para referirnos a este documento.

⁵ Cfr. SC, núms. 106, 108, 111.

c) El mandato de que la Palabra de Dios se ofrezca con más abundancia a los fieles, de modo especial en la celebración de la eucaristía, para que, en un período de años a determinar, se lea al pueblo las partes más significativas de la Sagrada Escritura⁶.

La revalorización de la celebración dominical como estructura base de todo el año litúrgico nos trae a la memoria el hecho de que la verdadera estructura primitiva de toda celebración litúrgica de la fe fue precisamente la celebración dominical de la eucaristía: memorial-sacramento por excelencia de la Resurrección del Señor y del entero misterio pascual, más acá de toda ulterior concretización temporal de los distintos misterios de Cristo. Es de sobra sabido que los así llamados «tiempos fuertes» nacieron poco a poco en el tiempo sobre la base de esta celebración semanal del día del Señor⁷. De aquí se deducen dos cosas:

⁶ Cfr. SC, núm. 51.

⁷ Las «Normas» arriba citadas, antes de hablarnos de la división del año litúrgico en tiempos particulares, habla del domingo, del que hace la siguiente descripción: «En el primer día de cada semana, llamado día del Señor o domingo, la Iglesia, según una tradición apostólica que tiene sus orígenes en el mismo día de la Resurrección de Cristo, celebra el misterio pascual. Así pues, el domingo ha de ser considerado como el día festivo primordial», *Normas...*, núm. 4. A la luz de lo que se dice en este número se entiende, además, mucho mejor lo que se nos dice, en el número 43 del mismo documento, sobre el Tiempo Ordinario. Para una presentación histórico-teológica del año litúrgico y sus distintos ejes fundamentales, cfr. H. SCHMIDT, *L'anno liturgico. Il mistero di Cristo nell' «oggi» della Chiesa*, en *Vita Monastica*, 123/29 (1975), 242-276. Sobre el origen, sentido y centralidad del domingo dentro del año litúrgico, cfr. los números monográficos *Se rassembler le dimanche*, en *La Maison-Dieu*, núm. 130 (1977), y *La domenica, giorno del Signore e della Chiesa*, en *Rivista Liturgica*, 1/64 (1977); los artículos de L. BRANDOLINI, *Domenica*, en *Nuovo Dizionario di liturgia*, Roma, Ed. Paoline, 1984, 378-395; A. DONGHI, *Il dinamismo del «giorno del Signore» nel Tempo ordinario*, en VARIOS, *Il messale romano del Vaticano II*, vol. I, Leumann (Torino), Elle Di Ci, 1984, pp. 569-587; J. HERMANS, *L'Eucaristia: celebrazione del mistero pasquale*, en *Ibidem*, pp. 591-599; P. GRELOT, *Du sabbat juif au dimanche chrétien*, I y II, en *La Maison-Dieu*, núms. 123 y 124 (1975), pp. 79-107 y 14-54, y la reciente obra de S. BACCIOCCHI, *Du sabbat au dimanche. Une recherche historique sur les origines du dimanche chrétien*, Paris, Lethielleux, 1984, 304 p.

a) El carácter pascual de toda celebración dominical; también de los domingos del Tiempo Ordinario, que son su estructura interna más importante.

b) Que el Tiempo Ordinario no ha de verse como un mero tiempo de relleno o tiempo sobrante de los así llamados «tiempos fuertes», sino como una expresión más de esa estructura básica semanal de la celebración de la Pascua del Señor, que da unidad y sentido a todo el año litúrgico. De su seno han ido brotando, como calificaciones ulteriores, las distintas celebraciones más específicas y particularizadas del Misterio de Cristo.

Además, con la nueva estructuración que se ha dado a este tiempo, no sólo se ha puesto de relieve el valor primordial de todos y cada uno de sus domingos, sino también el valor más secundario, pero no menos real, *de cada día de la semana*. Y todo ello por su referencia esencial al misterio de Cristo, no menos importante, aunque menos especificado y particularizado, que en otros tiempos litúrgicos.

En todo esto ha jugado un papel decisivo la nueva ordenación general que se ha hecho de los textos bíblicos para la celebración diaria de la Eucaristía y la Liturgia de las Horas. Se ha podido superar así cierta visión que existía en el pasado, según la cual, sobre todo este tiempo, parecía no tener más valor en sí mismo que el de permitirnos honrar a los santos o interceder por los difuntos. Por otra parte, los días del calendario que no tenían santos parecían nichos vacíos en espera de alguna nueva canonización.

3. Las treinta y tres o treinta y cuatro semanas que constituyen el Tiempo Ordinario *se comienzan* a partir del lunes siguiente a la fiesta del Bautismo del Señor (primer domingo posterior al 6 de enero) y *se terminan* con las primeras vísperas del primer domingo de Adviento. No se trata, sin embargo, en la práctica, de un tiempo continuo, ya que no hay que olvidar el largo paréntesis que suponen los tiempos de Cuaresma y Pascua: desde el miércoles de Ceniza hasta la fiesta de Pentecostés inclusive⁸.

Para todo este tiempo se ha *creado expresamente una estructura propia*, rica en contenidos litúrgicos y de vida cristiana.

⁸ *Normas...,* núm. 44.

Comparado con lo actual, el material anterior era verdaderamente muy exiguo y pobre. Esto ha convertido al Tiempo Ordinario en un tiempo verdaderamente a tener en cuenta a la hora de plantear la mistagogía litúrgica anual de la fe del creyente. Un tiempo no menos fuerte e importante que los demás:

- por su larga duración;
- por su gran variedad y riqueza de contenidos; y
- por la programación que de los mismos se ha hecho.

En la práctica, sin embargo, este tiempo aún no ha alcanzado la mayoría de edad deseada por la reforma litúrgica. Por diversos motivos sigue siendo un poco ignorado, no sólo por los fieles y los sacerdotes, sino incluso también por los mismos liturgistas⁹.

Para cada día se han previsto *dos ritmos básicos propios*: el de la celebración de la Eucaristía y el de la liturgia de las horas¹⁰. Aquí nos fijaremos exclusivamente en el *primer*:

⁹ En contra de lo que sucede con otros tiempos litúrgicos, la bibliografía sobre el Tiempo Ordinario es más bien escasa. Es incluso curioso constatar cómo obras o trabajos recientes, que tienen como tema de su investigación presentar el entero año litúrgico, dedican muy poco espacio, a veces ninguno o casi ninguno, a hablar de este tiempo litúrgico. Resulta casi inexplicable cómo, por ejemplo, el reciente e interesante *Nuovo Dizionario di Liturgia*, Roma, Ed. Paoline, 1984, no ha dedicado una voz propia a este tema. Esta deficiencia me consta que va a ser subsanada en la próxima edición-traducción española del mismo. Esta omisión, sin embargo, no es más que el fruto natural, y compartido con otros muchos, de todo un ambiente de olvido en este sentido.

En medio de toda esta actitud generalizada hay, no obstante, alguna que otra honrosa excepción: cfr. A. NOCENT, *Celebrar a Jesucristo. El año litúrgico*, Santander, Sal Terra, vol. 5, 1982, pp. 9-58; y, sobre todo, la interesantísima obra en colaboración *Il messale romano del Vaticano II. Orationale e lezionario*, vol. I, *La celebrazione del Mistero di Cristo nell'anno liturgico*, Leumann (Torino), Elle Di Ci, 1984, pp. 485-587. Para un juicio global sobre los valores y límites del actual Tiempo Ordinario, cfr. R. GANTVOY, *Le temps ordinaire, temps favorable*, en *Communautés et liturgies*, 60 (1978), 197-207.

¹⁰ En las *Normas*, núm. 3, al hablar del día litúrgico, se nos dice: «Cada día es santificado por las celebraciones litúrgicas del pueblo de Dios, principalmente por el sacrificio eucarístico y por el Oficio Divino». Estos dos ritmos están llamados a ser complementarios entre sí, pero algunos hoy se preguntan si esto es verdad siempre con las actuales estructuras litúrgicas. Cfr. J. EVENOU, *Les lectures de la Messe et de l'Office complémentaires ou concurrentes?*, en *La Maison-Dieu*, 135 (1978), 83-97.

- por ser la celebración de la Eucaristía el culmen de toda celebración litúrgica. No en vano a ella se reserva la lectura evangélica;
- por ser, al menos en la práctica actual, el que afecta más universalmente al entero pueblo de Dios;
- por ser, al menos de hecho, el que da un tono más específico y caracterizado al entero Tiempo Ordinario.

Por último, dentro del ritmo de la *celebración diaria de la Eucaristía*, se ha querido distinguir, por razones teológicas y pastorales, un *ritmo dominical* y otro *ferial*. Esto exige una presentación por separado de cada uno de ellos¹¹.

II. CELEBRACION DOMINICAL DE LA EUCHARISTIA

Ni que decir tiene que en el ciclo dominical se han *concentrado los valores más importantes* que se han querido asignar a este tiempo litúrgico. No en vano la fiesta central y fundamental de todo este tiempo es el domingo: día por excelencia del Señor Resucitado y de la comunidad cristiana, que se reúne en torno a El para celebrar su fe.

Según un ciclo anual, se han asignado a cada domingo oraciones propias para la colecta, sobre las ofrendas y para después de la comunión. Se han distribuido lecturas de la Sagrada Escritura según un ciclo de tres años. Se le han asignado, además, una serie de ocho prefacios, de libre elección en cada caso.

1. LAS ORACIONES

Cada una de las oraciones que se nos ofrecen para los domingos del Tiempo Ordinario tienen valor por sí mismas, y en cuanto tales hay que asumirlas. En los formularios oracionales

¹¹ Tendremos en cuenta fundamentalmente la edición oficial castellana del «Misal Romano», cfr. nota 2. Otros episcopados han ido enriqueciendo bastante, de formas diversas, la estructura básica ofrecida por la edición típica latina del mencionado «Misal Romano». Nuestro episcopado, por el momento, ha hecho más bien poco en este sentido.

Dejaremos a un lado el tema de las memorias y fiestas de los santos, dado que no es algo propio y exclusivo del Tiempo Ordinario.

no hay que buscar ninguna unión lógica o concatenación ni entre días distintos ni dentro del mismo día¹².

Sin duda, la *oración colecta* es la que más puede darnos la impresión de ser algo autóctono dentro de la celebración. La posibilidad de una relación de la misma con el mensaje de las lecturas propias de cada domingo se descartó al escoger un ciclo anual para las oraciones y un ciclo trienal para las lecturas. Es, pues, importante considerar esta oración colecta de una forma contemplativa, en el valor y mensaje que tiene por sí misma, sabiéndonos detener en ella; tanto más cuanto que su recitación se ha de repetir a lo largo del día en todas las celebraciones de la liturgia de las horas, excepto en Completas.

Aunque los temas de estas oraciones colectas son muchos, todos ellos fundamentalmente se resumen en una invocación para pedir la acción de Dios sobre su pueblo y sobre todos los hombres, a fin de que les ayude a caminar en esta vida de una forma coherente con el don de la fe.

Las oraciones sobre las ofrendas y para después de la Comunión son temáticamente mucho menos variadas. Su función dentro de la liturgia dominical es más secundaria. Ambas series de oraciones tienen como misión principal poner a la comunidad en sintonía espiritual con el respectivo momento de la celebración: la presentación de las ofrendas y la acción de gracias por el don de la Eucaristía celebrada y recibida.

En el primer caso, en el de las ofrendas, se pide a Dios que nuestros dones le sean agradables, y esto se convierta para nosotros en una fuente inmensa de gracias divinas. A veces se re-

¹² Cfr. F. BROVELLI, *Le orazioni delle domeniche del Tempo Ordinario*, en VARIOS, *Il messale romano del Vaticano II*, o. c., pp. 493-515; A. NOCENT, *Celebrar a Jesucristo*, o. c., vol. 5, pp. 50-58; M. AUGÉ, *Le collette del proprio del tempo nel nuovo Messale*, en *Ephemerides Liturgicae*, 84 (1970), 275-298 (sobre el Tiempo Ordinario, pp. 295-297); V. RAFFA, *Le orazioni sulle offerte del proprio del Tempo nel nuovo Messale*, en *Eph. Lit.*, 84 (1970), 299-322 (se refiere a todos los tiempos en general); W. FERRETTI, *Le orazioni «post communionem» de Tempore nel nuovo Messale romano*, en *Eph. Lit.*, 84 (1970), 323-341 (al Tiempo Ordinario le dedica las pp. 336-341); J. M. SUSTAETA, *Misal y Eucaristía. Estudio teológico, estructural y pastoral del nuevo Misal romano*, Valencia, 1979, pp. 86-144; S. MARSILI, *Le orazioni della Messa nel Nuovo Messale*, en *Rivista Liturgica*, 1/58 (1971), 70-90; A. DONGHI, *Il messale, sorgente di spiritualità*, en *Rivista Liturgica*, 3/71 (1984), 361-380.

cuerda el hecho de que Dios mismo nos ha dado estos dones, para que se los ofrezcamos.

En cuanto a las oraciones para después de la *Comunión*, al reconocimiento del don recibido por la celebración de la Eucaristía, se añade siempre una petición para que sus frutos estén presentes y actuantes en nuestra vida.

A través de todos estos formularios, y a pesar de su aparente disparidad y falta de conexión lógica, el pueblo cristiano ora cada domingo pidiendo al Padre que recuerde y siga realizando en favor nuestro sus designios de amor, manifestados en Cristo Jesús, y que nos ayude a vivir en conformidad con la vida nueva a la que fuimos llamados un día. Vida nueva cuyo germen se renueva en nosotros cada vez que participamos en la celebración de la Eucaristía.

«Del análisis de cada texto de los formularios dominicales se desprende una *interpretación del significado global del Tiempo Ordinario* (o *per annum*): éste se configura como el lugar en que el pueblo de Dios reexpresa el sentido de la Pascua, que está llamado a celebrar cada semana. Los cristianos meditan y oran el ‘Misterio’ para lograr ser cada vez más capaces de vivir todas las dimensiones de la ‘vida según el Espíritu’, a la que son llamados por vocación»¹³.

Sólo desde esta perspectiva global, pascual y de nueva vida en Cristo se comprenderá de un modo pleno el valor y sentido de cada oración. Y a lo que en un principio podría parecer desconexo se le encuentra un sentido mucho más trascendental del que, a veces, se andaba buscando. Sobre todo, en íntima sintonía con el sentido global de lo que es el domingo en cuanto tal.

2. LOS PREFACIOS

«Los prefacios del Tiempo Ordinario (o *per annum*) ayudan al creyente a captar la profunda relación que existe entre tiempo e historia de la salvación, que tiene su punto culminante en el misterio pascual»¹⁴. Si esto es verdad para todos los

¹³ F. BROVELLI, *o. c.*, p. 514.

¹⁴ A. DONGHI, *I prefazi del Tempo Ordinario*, en VARIOS, *Il messale del Vaticano II*, *o. c.*, p. 517; el artículo completo abarca de la p. 517 a la 568: se trata del trabajo más completo en todos los sentidos que he

prefacios del Tiempo Ordinario, lo es de una forma más contundente en los prefacios dominicales. Entre otras razones, porque son más numerosos y porque se han reservado para las celebraciones dominicales los más ricos y completos en su formulación. En esto, ciertamente, hemos ganado mucho. No sólo porque se ha superado la monótona repetición de un mismo prefacio a lo largo de gran parte de este tiempo, sino también porque los nuevos prefacios corresponden mejor al sentido global de lo que es el Tiempo Ordinario: la celebración y el recuerdo del encuentro en el tiempo entre la historia de los hombres y la historia de la salvación de Dios; considerado este misterio en su sentido total y sin ulteriores acentuaciones, más propias de otros tiempos.

Y lo que se pone de relieve en todos los mencionados prefacios dominicales del Tiempo Ordinario es la *centralidad del misterio de Cristo* en toda esta historia de Salvación. Sobre todo, se recuerdan los misterios pascuales y el don de la vida nueva que por Cristo hemos recibido de Dios. Con lo que, al mismo tiempo, se celebra el misterio de la Iglesia como nuevo pueblo de Dios, reunido en torno a Cristo, en virtud y a imagen de la Trinidad.

Esta visión integrada e integradora de los misterios de la historia divina de salvación, realizados y por realizar a lo largo de los tiempos, es, sin duda, una de las aportaciones más importantes de estos nuevos prefacios a la celebración total de estos domingos y del entero tiempo ordinario. Todos ellos tienen una gran belleza y suelen estar cuajados de referencias bíblicas, generalmente neotestamentarias, lo cual hace que sólo se lleguen a comprender en su plenitud cuando dichas referencias se conocen y su contenido se tiene de alguna manera asimilado. Algunos son verdaderas profesiones de fe cristológica y trinitaria. Hay tanta densidad de contenidos en tan pocas líneas que para recitar estos prefacios con conocimiento de causa es casi imprescindible haberse tomado la molestia de analizarlos palabra por palabra y frase por frase.

Para usarlos, además, correctamente se ha de tener en cuenta no sólo las características propias de cada uno de ellos, sino

encontrado sobre este tema. Para lo referente a los «prefacios dominicales» cfr. pp. 518-553.

también lo que añaden o aportan a los demás. Para ayudarnos en esta tarea el actual misal romano hace preceder al texto de los mismos un título indicativo. Estos títulos, por lo que respecta al Tiempo Ordinario, son los siguientes:

- El misterio pascual ha hecho de nosotros el Pueblo de Dios (prefacio primero).
- El plan divino de la salvación (prefacio segundo).
- El hombre salvado por un Hombre (prefacio tercero).
- Las etapas de la historia de la salvación en Cristo (prefacio cuarto).
- Las maravillas de la Creación (prefacio quinto).
- La prenda de nuestra Pascua Eterna (prefacio sexto).
- La salvación, fruto de la obediencia de Cristo (prefacio séptimo).
- La Iglesia unificada por virtud y a imagen de la Trinidad (prefacio octavo) ¹⁵.

3. EL LECCIONARIO

Como en todo el año litúrgico, también en el leccionario del Tiempo Ordinario existe un *ciclo dominical trienal*. Para cada domingo hay asignadas tres lecturas por este orden: del Antiguo Testamento, de los textos apostólicos y de los Evangelios. Este orden está a indicar no sólo el primado de los textos evangélicos sobre los demás de la Escritura, sino también la armonía entre los dos Testamentos y la confluencia de ambos en Cristo, contemplado en su misterio pascual ¹⁶.

¹⁵ Para este tema de los prefacios, además del trabajo de A. DONGHI citado en la nota anterior, pueden verse: A. NOCENT, *Celebrar a Jesucristo*, o. c., vol. 5, pp. 23-32; H. ASHWORTH, *I nuovi prefazi*, en *Rivista Liturgica*, 6/55 (1968), 758-781 (en las pp. 773-777 presenta los dos actuales primeros prefacios dominicales del Tiempo Ordinario, que fueron los primeros en entrar en uso). De tipo más general, pero con referencias expresas al tema de los títulos propios de cada prefacio: cfr. A. DUMAS, *Les préfaces du Nouveau Missal*, en *Eph. Lit.*, 85 (1971), 16-28, y A. M. TRIACCA, *La strutturazione eucologica dei prefazi*, en *Eph. Lit.*, 86 (1972), 233-279.

¹⁶ Cfr. *Ordenación General del Leccionario de la Misa. Prenotandos*, núms. 66-67 (citaremos «OGLM. Prenotandos» para referirnos en adelante a este documento). Con un decreto, publicado el 21 de enero de 1981, la Santa Sede promulgó una segunda edición, muy ampliada y

La liturgia de la Palabra propuesta para la celebración de la Eucaristía en el Tiempo Ordinario es, en su conjunto, la catequesis bíblica más completa y sistemática de todo el año litúrgico. La lectura sistemática, continua o semicontinua, de la Escritura, en lugar de la puramente temática, es una de las características más propias de este tiempo litúrgico. Sin embargo, por motivos obvios, se ha preferido también aquí distinguir entre el ritmo dominical y el ferial. En ambos casos se trata de un ciclo completo de lecturas bíblicas, lo cual no significa que se lea toda la Biblia. Pero mientras en el primer caso, el ciclo dominical, el criterio es ofrecer los textos más importantes, en el segundo caso, el ciclo ferial, el criterio es el de llegar a ofrecer y leer el mayor número posible de textos. Y esto es válido sobre todo por lo que se refiere a la lectura de textos no evangélicos¹⁷.

En la liturgia de la Palabra de la celebración dominical de la Eucaristía el eje principal durante todo el Tiempo Ordinario lo constituye la *lectura semicontinuada de los Evangelios*. A cada uno de los evangelistas sinópticos se les ha señalado un año, dentro del cual se leen casi por entero y de una forma más bien sistemática. «Esta lectura se ordena de manera que presente la doctrina propia de cada evangelio a medida que se va desarrollando la vida y la predicación del Señor. Además, gracias a esta distribución se consigue una cierta armonía entre el sentido de cada evangelio y la evolución del año litúrgico. En efecto, des-

enriquecida, de los mencionados «Prenotandos» al leccionario de la Misa. En el decreto se explica brevemente el camino recorrido desde la primera edición típica latina en 1969. En las nuevas ediciones del leccionario en castellano, hechas a partir de dicha fecha (1981), se está incluyendo siempre el texto íntegro de los nuevos «Prenotandos».

¹⁷ Cfr. OGLM. *Prenotandos*, núm. 65. Para todo este tema del leccionario puede ser útil consultar los siguientes trabajos: A. CARIDEO, *Struttura del lezionario domenicale del Tempo Ordinario*, en VARIOS, *Il Messale romano del Vaticano II*, o. c., pp. 487-492 (es, sin duda, la aportación más pobre sobre el Tiempo Ordinario de esta interesantísima obra); F. PERRENCHIO, *Temi biblici delle domeniche del Tempo Ordinario*, en *Ibidem*, pp. 671-696 (va por domingos y lecturas). De tipo más general, cfr. A. CARIDEO, *Struttura e teologia nel nuovo lezionario romano per la celebrazione domenicale dell'eucaristia*, en *Ibidem*, pp. 25-35; G. FONTAINE, *Commentarium ad ordinem lectionum Missae*, en *Eph. Lit.*, 83 (1969), 435-451. En torno al puesto de la «palabra» en la celebración dominical, cfr. D. MOSO, *La liturgia della parola nella messa domenicale*, en *Riv. Lit.*, 1/71 (1984), 20-32.

pués de la Epifanía se leen los comienzos de la predicación del Señor, que guardan una estrecha relación con el Bautismo y las primeras manifestaciones de Cristo. Al final del año litúrgico se llega espontáneamente al tema escatológico, propio de los últimos domingos, ya que los capítulos del Evangelio que preceden al relato de la pasión tratan este tema con más o menos amplitud»¹⁸. Se omiten, pues, de esta lectura los capítulos conocidos como «evangelios de la infancia» y las distintas narraciones de la pasión-resurrección, por reservarse su lectura a otros tiempos litúrgicos. Esta sistematicidad evangélica, siguiendo la lógica propia de un evangelio sinóptico cada año, no quita algunas buscadas e intencionadas excepciones, como es el caso del segundo domingo del Tiempo Ordinario. En éste se leen todos los años textos tomados del cuarto evangelio, que ponen de relieve el hecho de la manifestación del Señor. También en el Año B, el de Marcos, después del domingo XVI se intercala durante cinco domingos (del XVII al XXI) el discurso evangélico del «Pan de Vida», tomado asimismo, como en el caso anterior, del cuarto evangelio.

Del Evangelio de Mateo se pone de relieve los grandes discursos (el del sermón de la montaña, el eclesiológico, etc.). Del de Marcos, la aceptación-descubrimiento de Jesús y la radicalidad exigida al discípulo. El mismo discurso del «Pan de Vida», tomado del cuarto evangelio e incluido como paréntesis en la lectura del Evangelio de Marcos, va precisamente también en esa línea. Del Evangelio de Lucas se resaltan sus conocidos temas de la oración, la misericordia, el desprendimiento de los bienes materiales, etcétera.

En estos domingos, pues, del Tiempo Ordinario, que no tienen una característica específica o temática, es el pasaje evangélico el que marca el ritmo y da el tono principal¹⁹. Precisamente para la lectura del *Antiguo Testamento* se escoge siempre un texto que armonice con el Evangelio, procurando a su vez que éste sea importante y representativo. Esta armonización se debe también en parte a que se ha querido evitar una excesiva dispersión temática en las lecturas, y debiendo escoger entre el An-

¹⁸ OGLM. *Prenotandos*, núm. 105.

¹⁹ Cfr. *Ibidem*.

tíguo Testamento o las lecturas de los textos apostólicos, se ha preferido salvar estos ²⁰.

La lectura semicontinuada de los *escritos apostólicos*, por otra parte, sin ser tan decisiva a la hora de dar un color propio a cada domingo, es un valor a no despreciar. A lo largo de los tres años o ciclos en que está estructurado el leccionario dominical se ofrecen a la comunidad cristiana, de una forma semicontinuada, los pasajes más importantes de las Cartas de Pablo, incluida la Carta a los Hebreos, y la de Santiago. Si se exceptúa la primera Carta a los Corintios, que por su extensión se ha distribuido entre los tres años del leccionario dominical, y la Carta a los Hebreos, que también se ha dividido entre los años B y C, los demás escritos apostólicos arriba mencionados tienen su sitio propio en uno de los tres ciclos o años. La distribución es la siguiente:

Año A: 1.^a Corintios 1-4 (domingos II-VIII); Romanos (domingos IX-XXIV); Filipenses (domingos XXV-XXVIII); 1.^a Tesalonicenses (domingos XXIX-XXXIII).

Año B: 1.^a Corintios 6-11 (domingos II-VI); 2.^a Corintios (domingos VII-XIV); Efesios (domingos XV-XXI); Santiago (domingos XXII - XXVI); Hebreos 2-10 (domingos XXVII-XXXIII).

Año C: 1.^a Corintios 12-15 (domingos II-VIII); Gálatas (domingos IX-XV); Colosenses (domingos XVI-XVIII); Hebreos 12 (domingos XIX-XXII); Filemón (domingo XXIII); 1.^a Timoteo (domingos XXIV-XXVI); 2.^a Timoteo (domingos XXVII-XXX), y 2.^a Tesalonicenses (domingos XXXI-XXXIII).

Otros escritos apostólicos del Nuevo Testamento, así como algunos textos importantes de estos mismos escritos paulinos, se reservan para otros tiempos litúrgicos. La panorámica, sin embargo, que se nos ofrece durante el Tiempo Ordinario es bastante amplia ²¹.

De una simple ojeada a la presente ordenación se deduce, además, que se ha querido empezar todos los años el leccionario dominical del Tiempo Ordinario con la primera Carta a los Co-

²⁰ Cfr. *OGLM. Prenotandos*, núm. 106.

²¹ Cfr. *OGLM. Prenotandos*, núm. 107.

rintios, que es una de las más explícitas y completas en lo que a la marcha y a la vida de la comunidad cristiana se refiere. Y se ha querido acabar con tres cartas, las dos a los Tesalonicenses y la de los Hebreos, que centran nuestras miradas, a veces con un matiz un tanto escatológico, en el sacerdocio eterno de Jesús en favor nuestro, y en la actitud, por nuestra parte, de perseverante anhelo y espera de su gloriosa manifestación.

Aunque a algunos esta ordenación les puede parecer un tanto disgregadora y con poca lógica interna para poder hacer una catequesis homilética coherente durante todos estos domingos, la opción en favor de seguir la lógica interna de los mismos textos bíblicos, al menos en uno de los tiempos litúrgicos, el Tiempo Ordinario, me parece justificada y preferible a cualquier otro tipo de manipulación-ordenación textual. Los «Prenotandos» a la actual ordenación del lecionario consideran que la presente disposición de las lecturas bíblicas es un gran instrumento catequético en manos del pueblo de Dios²². Para una catequesis, sin embargo, más de tipo sistemático-conceptual se ha de buscar otras sedes. Es esencial no reducir la celebración a una pura excusa para la catequesis. Cuanto más completa sea la catequesis extrasacramento, con más conocimiento de causa se celebrarán los sacramentos, particularmente la Eucaristía, y se vivirá la entera vida cristiana. Y, cuando ésta no existe o existe en un estado muy precario, todos sufren las consecuencias negativas de esta ausencia, que no se puede sustituir con nada de una forma adecuada. Reconozco que, por desgracia, hoy para muchos fieles no hay, sin embargo, más lugar de catequesis que las celebraciones sacramentales.

²² Cfr. OGLM. *Prenotando*, núms. 66-68. Interesantes reflexiones se pueden encontrar en G. F. VENTURI, *Il lezionario, catechesi narrativa della Chiesa*, en *Rivista Liturgica*, 1/71 (1984), 52-79. Una gran amenaza a la actual planificación catequético-bíblica dominical son las cada vez más numerosas «jornadas en favor de» o «días de»: análisis del hecho y algunas sugerencias pueden verse en A. BERGAMINI, *Le «giornate» per i problemi della vita ecclesiale nel contesto della domenica*, en *Riv. Lit.*, 1/64 (1977), 66-70.

III. CELEBRACION DE LA EUCHARISTIA ENTRE SEMANA

1. ORACIONES Y PREFACIOS

Para la celebración diaria de la Eucaristía en el Tiempo Ordinario no hay asignados formularios propios de *oraciones* para cada día feria, como tienen otros tiempos. Los formularios que se le asignan son los dominicales propios del Tiempo Ordinario. Habitualmente se suele usar el formulario del último domingo, pero la actual ordenación de la liturgia, lejos de obligar en este sentido, recuerda que se puede elegir siempre entre cualquiera de los treinta y cuatro formularios dominicales de este tiempo. Esto supone conocerlos bien uno a uno y no contentarse simplemente con recitar el del último domingo, porque es lo más sencillo y cómodo, o limitarse a escoger uno u otro según salga. Dentro de lo que cabe, tampoco es tan negativo repetir durante varios días seguidos un mismo formulario, porque la repetición puede ayudar a la asimilación de contenidos, con tal de que esto se asuma de una forma consciente y no simplemente rutinaria.

Se ha de añadir, además, la posibilidad que hay también de escoger entre las oraciones de las misas votivas y los formularios para orar por diversas intenciones.

No cabe duda que un plan oracional sería de gran utilidad para la celebración diaria de la Eucaristía en las ferias del Tiempo Ordinario. Pero esto se ha dejado en manos de la creatividad, exigencias y madurez de cada celebrante y cada comunidad cristiana²³.

²³ Cfr. *Ordenación General del Misal Romano* (OGMR), núms. 313, 316, 323, en *Misal Romano*, Madrid, 1978. L. BRANDOLINI, *Le collette per le ferie del Tempo Ordinario*, en *Rivista di Pastorale Liturgica*, 22 (1984), núm. 122, 53-59. También cfr. la bibliografía de la nota 12.

Sobre la necesidad de saber usar los libros litúrgicos, cfr. J. ARDÁZBAL, *El libro litúrgico como pedagogía de la celebración*, en *Phase*, 116/20 (1980), 111-124. Por último, M. PATERNOSTER hace notar que quizá, en todo el proceso de la reforma litúrgica, se ha hecho más hincapié en revisar los libros que en formar litúrgicamente a la gente: *La formazione liturgica del Popolo di Dio: preciso impegno per il futuro*, en *Riv. Lit.*, 5/68 (1981), 589-599 (todo el número está dedicado a la formación litúrgica).

En el misal encontramos también actualmente una serie de *prefacios*, llamados «comunes», que han sido asignados para la celebración de la Eucaristía en los días feriales del Tiempo Ordinario. Son en su estilo y contenido muy parecidos a los asignados para la celebración de los domingos propios de este tiempo. La salvación de Dios realizada en Cristo es el tema central de todos ellos. Con diversos matices en cada caso, que no son de despreciar:

- Por los misterios de su encarnación, pasión, resurrección, Cristo es fuente de salvación para cuantos creen en El (Prefacio I).
- El hombre creado por amor, condenado justamente y redimido por la misericordia de Dios, manifestada en Jesús (Prefacio II).
- En Cristo, Dios ha sido no sólo el creador del género humano, sino también el autor generoso de la nueva creación (Prefacio III).
- La alabanza y la acción de gracias que nosotros dirigimos a Dios, y que El mismo nos inspira, es para nosotros prenda de salvación (Prefacio IV).
- Unidos en la caridad, la fe y la esperanza, celebramos los misterios pascuales —muerte y resurrección de Cristo— y anhelamos su venida (Prefacio V).
- Cristo, Palabra de Dios, por quien fue creado todo, encarnado en el seno de María, realizó por su pasión-cruz-resurrección el designio del Padre, formando de entre los hombres un pueblo santo (Prefacio VI)²⁴.

2. LECCIONARIO

Como ya indicamos más arriba al hablar del leccionario dominical, para la celebración diaria de la Eucaristía en los días feriales del Tiempo Ordinario, se ha optado por elaborar un proyecto completo e independiente de lecturas bíblicas. Así, apro-

²⁴ Cfr. A. DONGHI, *I prefazi del Tempo Ordinario*, o. c. (para los prefacios llamados «comunes», pp. 553-566); H. ASHWORTH, *I nuovi prefazi*, en *Riv. Lit.*, 6/55 (1968), 758-781 (sobre los dos primeros prefacios «comunes», pp. 777-781). Véase también las notas 14 y 15.

vechando el amplio espacio de tiempo que ofrecen estas semanas, se ha ordenado una lectura sistemática, continua o semicontinua, amplia y exhaustiva, a la vez que complementaria, de la del ciclo dominical. Al origen de todo esto sigue estando, sin duda, el mandato conciliar de abrir al pueblo cristiano abundantemente los tesoros de la Sagrada Escritura. Por eso se aconseja que, a ser posible, esta lectura continuada se interrumpa sólo en casos extraordinarios y nunca habitualmente. Y se nos dan normas para que, en caso de debida omisión, se puedan recuperar en los días siguientes los textos más importantes²⁵.

La ordenación general de las lecturas para los días feriales de este tiempo está planteada de la siguiente manera:

- Todos los días se harán dos lecturas: una evangélica y otra de textos del Antiguo Testamento o de escritos apóstolicos²⁶.
- Las lecturas evangélicas tendrán un solo ciclo anual, mientras que habrá un ciclo de dos años para las lecturas no evangélicas²⁷.

Los *evangelios* «se ordenan de manera que en primer lugar se lee el Evangelio de San Marcos (semanas I-IX); luego, el de San Mateo (semanas X-XXI); finalmente, el de San Lucas (semanas XXII-XXXIV). Los capítulos 1-12 de San Marcos se leen íntegramente, exceptuando tan sólo dos fragmentos del capítulo 6, que se leen en las ferias de otros tiempos. De San Mateo y de San Lucas se lee todo aquello que no se encuentra en San Marcos. Aquellos fragmentos que en cada evangelio tienen una índole totalmente propia o que son necesarios para entender adecuadamente la continuidad del evangelio se leen dos o incluso tres veces. El discurso escatológico se lee íntegramente en San Lucas, y de este modo coincide esta lectura con el final del año litúrgico»²⁸.

«En la primera lectura se van alternando los dos Testamentos, varias semanas cada uno, según la extensión de los libros

²⁵ Cfr. OGMR, núms. 319-320; OGLM. *Prenotandos*, núms. 62-88.

²⁶ Cfr. OGLM. *Prenotandos*, núm. 69.

²⁷ *Ibídem*.

²⁸ OGLM. *Prenotandos*, núm. 109.

que se leen: *a)* De los libros del Nuevo Testamento se lee una parte bastante notable, procurando dar una visión sustancial de cada una de las cartas. *b)* En cuanto al Antiguo Testamento, no era posible ofrecer más que aquellos trozos escogidos que, en lo posible, dieran a conocer la índole propia de cada libro. Los textos históricos han sido seleccionados de manera que den una visión de conjunto de la historia de la salvación antes de la encarnación del Señor (...). *c)* Algunas veces se ilumina el significado religioso de los hechos históricos por medio de algunos textos tomados de los libros sapienciales, que se añaden, a modo de proemio o de conclusión, a una determinada serie histórica. *d)* En la ordenación de las lecturas para las ferias del propio del tiempo tienen cabida casi todos los libros del Antiguo Testamento. Unicamente se han omitido algunos libros proféticos muy breves (Abdías, Sofonías) y un libro poético (el Cantar de los Cantares). Entre aquellas narraciones escritas con una finalidad ejemplar (...) se leen los libros de Tobías y de Rut, omitiendo los demás (Esther y Judit). De estos libros, no obstante, se hallan algunos textos en los domingos y en las ferias de otros tiempos (...). *e)* Al final del año litúrgico se leen los libros que están en consonancia con la índole escatológica de este tiempo, a saber, Daniel y Apocalipsis»²⁹.

IV. UNA CLAVE DE LECTURA: EL REINO DE DIOS

1. Hay que reconocer que el Tiempo Ordinario resulta para muchos un *tiempo un poco incoloro*, a pesar de las inmensas riquezas espirituales con las que se le ha querido dotar en su doble ritmo dominical y ferial, previsto para la celebración de la Eucaristía. El mucho material ofrecido contribuye a esta especie de despiste general, sin saber a qué carta quedarse. Pero no sólo. A esto hay que añadir que en otros tiempos litúrgicos o se camina claramente hacia una meta o éstos son el eco en el tiempo de una celebración concreta trascendental de nuestra fe. El Tiempo Ordinario, sin embargo, en su larga duración aparece tantas veces como un *tiempo sin tensión*, caracterizado por el simple paso material del tiempo, de los días y de las

²⁹ OGLM. *Prenotandos*, núm. 110. La división en letras no pertenece al texto original.

semanas, donde un formulario sustituye a otro y unas lecturas a otras sin más problemas. Sólo al final, en las últimas semanas, se daría como un acelerón que, al ser generalmente inesperado, pierde mucho de su valor y sentido. También, por último, la *misma división* del presente Tiempo Ordinario en dos partes, antes y después del bloque Cuaresma-Pascua, contribuye de forma decisiva a este clima de dispersión y de falta de tensión interna.

Para venir al encuentro de todos estos problemas se necesita una clave de lectura que dé unidad, armonía y dinámica interna a todo este conjunto de semanas. Esta clave, a mi parecer, es el *tema del Reino de Dios*.

2. Las lecturas evangélicas, tanto dominicales como feriales, con las que se *comienza siempre este tiempo* son precisamente lecturas referentes a los comienzos de la predicación de Jesús anunciando el Reino de Dios. Ese Reino de Dios que es el sentido de su vida pública, muerte y resurrección. Con ello se nos indica además en qué consiste este Reino de Dios y cómo se construye en este mundo.

Y este tiempo *se concluye* con la fiesta de «Jesucristo, Rey del Universo»³⁰. Desde la perspectiva de la que venimos hablando, el colocar aquí esta fiesta ha sido, sin duda, un acierto importante, ya que pone de relieve que para el creyente el tiempo no camina simplemente hacia el fin o destrucción del mundo, como podrían dar a entender algunas lecturas de tipo escatológico propias de este final del año litúrgico. La meta hacia la que camina este mundo no es la destrucción y el aniquilamiento, fruto de su misma dinámica interna o por la acción del juicio de Dios. Para un cristiano la verdadera meta del cosmos, del tiempo y de la historia, hacia la que caminar continuamente, es lograr que la salvación de Dios llegue hasta los confines del orbe. Meta, pues, de salvación, de construcción y no de simple destrucción³¹.

³⁰ Quizá habría que añadir «y de la historia», ya que «universo» se suele identificar con «cosmos», y esta reducción da a la fiesta de Cristo Rey un carácter estático nada positivo.

³¹ Las corrientes apocalípticas sueñan con el nacimiento de un mundo nuevo por la vía de la pura y total destrucción de lo que existe en el presente. Tras la destrucción aparecería, sin más, el mundo nuevo y perfecto. Para el cristiano el mundo nuevo se construye a lo largo de la historia, en la tensión entre encarnación y superación.

La dinámica de todo el Tiempo Ordinario está encerrada entre estos dos polos, y desde ahí ha de ser entendida: el *Reino de Dios anunciado* y comenzado por Jesús, y el Reino de Dios que *un día se realizará plenamente*, marcando así el final de este tiempo y el comienzo de uno nuevo. En medio de estos dos polos, y sin olvidar nunca ninguno de ellos, hay toda una historia de realizaciones y de fracasos, de retrocesos y de logros: el largo caminar de la historia de la Iglesia en medio de la vorágine del camino de la humanidad.

Vistas las cosas así, al Tiempo Ordinario no sólo no le falta una dinámica interna, sino que su dinámica es la misma que tiene el crecimiento y la realización del Reino de Dios en este mundo. Y cuando las cosas no se ven así, no sólo el Tiempo Ordinario puede parecer un ir adelante sin rumbo, esperando a ver qué pasa, sino que esta desorientación y pesadez en el caminar se manifiesta también en la entera vida eclesial.

3. Pero sigamos profundizando. Más allá de la continuidad que los distintos domingos y semanas del Tiempo Ordinario pueden tener entre sí, a causa sobre todo de las lecturas continuas o semicontinuas, hay que reconocer que *el corte del bloque Cuaresma-Pascua* colorea con tonos un tanto distintos los domingos anteriores y posteriores al mismo. Así, y desde la mencionada perspectiva del Reino de Dios, los domingos y semanas anteriores al bloque Cuaresma-Pascua sirven para introducirnos en la predicación y actuación del Reino de Dios por parte del Jesús histórico, cuyo culmen fueron precisamente los misterios pascuales. Mientras que los domingos y semanas posteriores, vistos y vividos desde la tensión dialéctica que se establece entre el tiempo pascual (resurrección-ascensión-pentecostés) y la fiesta de Cristo Rey, sirven para centrarnos en la experiencia que del Reino de Dios ha de hacer la Iglesia pospascual de todos los tiempos. Iglesia que ha de vivir plenamente en cada momento histórico la tensión entre los acontecimientos salvíficos pascuales del pasado y su pleno cumplimiento en el futuro escatológico.

En el tiempo pascual se proclama y se recuerda que Jesús ha sido constituido por Dios Salvador, Señor y Mesías para todos los hombres. La comunidad primitiva desde el primer momento sintió que esta realidad que ellos habían comprendido y afirmaban acerca de Jesús no sólo se refería a un hecho pasado,

sino que igualmente indicaba un proyecto de Dios para el presente y para el futuro: todos los presentes y todos los futuros. Lo cual está bien claro en los escritos apostólicos del Nuevo Testamento. Y se comprende la dialéctica que en ellos se da entre salvación experimentada, el trabajar por la realización del Reino de Dios, la conciencia de la presencia actuante de Jesús como Señor y Salvador en medio de los suyos, y la conciencia-tensión-deber de caminar hacia la meta del pleno cumplimiento de los designios del Padre sobre la Humanidad. Designios que no se realizarán por otro camino distinto del comenzado y fundamentado sobre el hecho de Jesús.

4. Celebrar los misterios pascuales es propio del Tiempo Pascual. *Enseñarnos a vivir en la tensión* entre aquellos acontecimientos salvíficos y el anhelo de que dicha salvación de Dios llegue a todos los hombres y a todos los tiempos *es misión del Tiempo Ordinario*. Las referencias que se siguen haciendo al Jesús histórico en estas semanas del Tiempo Ordinario después del bloque Cuaresma-Pascua, más que nunca son válidas sólo desde una comunidad con una conciencia verdaderamente pos-pascual. Una comunidad para la que el Jesús de la Historia es inseparable del Cristo de la fe, presente y actuante en medio de los suyos. También todas las demás lecturas, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, adquieren su verdadera sentido vistas a esta luz.

Los *misterios pascuales* han de considerarse, pues, *punto de referencia obligado y esencial para la estructura misma del Tiempo Ordinario*, porque no hay posible construcción del Reino de Dios sin pasar por los misterios de la Cruz, Muerte y Resurrección de Jesús. Un Tiempo Ordinario vivido sólo en la dialéctica entre el Reino de Dios predicado por Jesús y su realización plena al final de los tiempos, se encuentra, sin más, desnaturizado. Este peligro existe y es real. En *primer lugar*, porque el corte del bloque Cuaresma-Pascua se ve, tantas veces, más como una incrustación añadida y extraña al cuerpo general del Tiempo Ordinario —conservada fundamentalmente a causa de la tradición plurisecular— que como un núcleo vivo que da sentido y cohesión a todo cuanto hay en la célula. Se ve como un largo paréntesis dentro de este tiempo; muy importante, ciertamente, pero al fin y al cabo paréntesis.

En segundo lugar, porque al excluir de la lectura continua los capítulos evangélicos referentes a los misterios pascuales, se corre el peligro de caer en un error de perspectiva, sólo salvable desde la plena integración del bloque Cuaresma-Pascua con la dinámica global del Tiempo Ordinario. Nos encontraríamos ante una presentación más o menos sistemática de la vida y predicación de Jesús que, paradójicamente, no conduce ni se culmina con los misterios de su pasión y resurrección, sino más bien con una serie de recomendaciones y predicciones de tipo escatológico-apocalíptico.

5. Puntos, pues, *claves de referencia* para comprender y vivir recta y correctamente el Tiempo Ordinario son: el comienzo de la predicación del Reino de Dios por parte de Jesús, los misterios pascuales de la pasión-cruz-muerte-resurrección con su natural colofón en Pentecostés (para los cuales, sin embargo, está reservado todo un bloque específico de celebraciones) y la fiesta de Jesucristo Rey del Universo. Y, uniendo todo ello, el tema del Reino de Dios. Desde esta perspectiva, el tiempo de Adviento-Navidad aparece, a su vez, como un gran prólogo evangélico. Dentro del Tiempo Ordinario las fiestas pospascuales de la Santísima Trinidad y del Corpus nos ayudan a recordar que la comunidad cristiana pospascual se construye en torno a la Eucaristía, como un pueblo reunido en el nombre del Padre, de Jesucristo y del Espíritu.

Por último, la *fiesta de Todos los Santos*, casi en el límite de este mismo tiempo, se ha revalorizado después de la actual reforma litúrgica. En dicha fiesta se celebra a aquellos que, habiendo sido ya lavados por la sangre de Cristo, han sido hechos definitivamente un pueblo de santificados, de sacerdotes para nuestro Dios³². Su relativa cercanía a la fiesta de Cristo Rey, actualmente puesta como colofón del año litúrgico, resulta beneficiosa para ambas fiestas. Por una parte, se pone de relieve el pueblo de los santificados, que son ya una realización lograda del Reino de Dios entre los hombres. Y, por otra, que todo ha de caminar y tender hacia aquel momento en que Cristo entregue a Dios Padre el Reino, y Dios lo sea todo en todos³³.

³² Cfr. *Apocalipsis y la liturgia propia de la fiesta*.

³³ Cfr. 1.^a *Corintios* 15, 22-28.